

LA REPUBLICA DE LOS ANIMALES

José de Villa/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

I

Desde que surgió el hombre sobre la faz de la tierra, los animales todos, conforme la inteligencia humana se desarrollaba, fueron siendo víctimas de las malas artes —y posteriormente de las violentas técnicas—, mediante las cuales se les ha venido persiguiendo, apresando, matando o domesticando.

Solemne, el doctor Tecolote inició su razonamiento ante la Asamblea Universal de los Animales, que tras muchos años de trabajo y cientos de peripecias fue finalmente a orillas de una laguna que era comunicada por un río grande y numerosos riachuelos —que serpenteaban por las montañas— con el vasto mar.

Sobre un tronco de unos dos metros de largo, que se iba encajando poco a poco en la arena húmeda que frenaba circularmente el líquido de la laguna, estaban, unos parados y los otros sentados, los representantes del reino animal, que en tan importante asamblea iban a estudiar y poner remedio al dominio secular que el hombre venía ejerciendo sobre de ellos.

A la izquierda del doctor Tecolote, que era el presidente de tan trascendental asamblea, presidían el acto un león, un cocodrilo, un burro, un coyote, un elefante, un ganso y un ratón. A la derecha estaban un pez y una foca, que a cada rato se lamentaba del largo viaje que había hecho para acudir a la reunión y de lo cansada que estaba.

Toda una tarde se pasó el doctor Tecolote reseñando a sus animales amigos la ingrata suerte que a todos acompañaba siempre por culpa del hombre. Aunque un mismo fin —atacar al hombre organizadamente— los unía, en el ambiente reinaba una tensión bastante fuerte. Por ejemplo, en diversas oportunidades se increpaba al doctor Tecolote de que hubiera sentado al león en el presidium, siendo que —decían— no era el regío animal que la publicidad humana había hecho de él.

— ¡Hasta los cuervos son más dañinos para el hombre, su ecología y su economía que el león! —, gritaban, amenazando abandonar la asamblea, los insectos y los microorganismos —que habían tenido que beber un zumo mágico que les había proporcionado una luz que casi cegaba, para que los pudiesen ver los demás animales. Por otro lado, los perros y los gatos recibían miradas de odio, mientras les gritaban: ¡Vendidos, espías!

Sin embargo, al caer la noche y después de varias interrupciones, el sabio Tecolote acabó su documentada exposición. Miles de datos fueron dados a conocer: las matanzas masivas de ratas, larvas y búfalos; el lavado de cerebro que se había hecho a los delfines; el enjaulamiento de los monos y las águilas; el envenenamiento de las aguas donde viven los peces, etcétera.

La agenda de la asamblea constaba de los siguientes puntos: 1) Exposición histórica de los crímenes del hombre contra todos los animales de la tierra; 2) Pacto inmediato de no

agresión y de ayuda mutua entre los animales; 3) Programas inmediatos de alimentación y supervivencia; 4) Establecimiento de una red de información; 5) Agrupación y entrenamiento de los ejércitos animales de agua, tierra y aire; 6) Establecimiento de las tácticas de lucha; 7) Formación de los comités que tuvieran lugar; 8) Designación de un gobierno provisional, y 9) Creación de la República de los Animales.

Un Comité Central de Gobierno de los Animales de la Tierra fue instaurado desde antes de que diera comienzo la asamblea, tanto para velar por el buen orden de ésta, como para tomar decisiones inmediatas mientras no se contara con leyes y gobierno de derecho, y para velar por la seguridad de los animales presentes y proveerlos de alimentos.

Como pocos minutos después de terminar su exposición el doctor Tecolote, se votó el segundo punto de la agenda, lo que indudablemente rompía el ciclo alimenticio y ecológico de los animales, pues no se podían comer unos a otros, un escuadrón de águilas, halcones y demás aves, procedió a volar a las poblaciones humanas de la comarca, a la vez comandos de zorros, ratones, perros y gatos, hacían lo mismo por la vía terrestre, para conseguir alimentos vegetales y minerales.

Presionada por las circunstancias, la asamblea se vio obligada a saltarse algunos puntos de la agenda y a votar la creación de los diferentes comités. El Comité de Derecho se encargó de estudiar la legalidad de los procedimientos que ya se estaban dando en la asamblea y de formular una constitución. También estudió la juridicidad de declarar la guerra a la humanidad toda o a algunos de sus componentes. Tuvo también que trabajar sobre el proyecto de crear un organismo que estableciera relaciones con las sociedades humanas de protección a los animales, y con las solteronas y niños amantes de perros, gatos, pericos y pájaros.

El Comité de Comandos ya había empezado a funcionar; se estableció el de Vigilancia, el de Información y Difusión y el principal de todos, que fue el de Estudios Ecológicos y Supervivencia.

A todo esto, el doctor Tecolote fue nombrado presidente provisional, y dos caballos, un delfín y un mono fueron designados consejeros de gobierno, mientras que un águila real, por su movilización rápida, se encargó de la jefatura del ejército provisional de los animales.

La Sección de Economía del Comité de Estudios Ecológicos y Supervivencia, en coordinación con el Comité de Información y Difusión, empezó a levantar el censo de los animales de la tierra, a establecer su clasificación, para que posteriormente fueran delineadas las políticas de información.

II

Mientras tanto, los hombres aún no se daban cuenta de lo que sucedía con los sub-habitantes de la tierra. Seguían matando animales, enjaulándolos para divertir bobos en los circos y los zoológicos, así como para estudiarlos en las universidades y en los laboratorios.

Ni los estudiosos de las migraciones de los animales de agua, aire y tierra, ni los vigilantes de los bosques, ni los agricultores o los hombres de campo, llegaron a notar movimiento anormal alguno. Se había trabajado con mucha discreción, lo que aunado a una evidente falta de información del grueso de los animales de la tierra, sobre la celebración de la asamblea, no dio ningún indicador sobre la maniobra a los hombres. Si acaso, en algunos pueblos —muy pocos, por cierto—, los burros empezaban a rebuznar y reparar, haciendo caso omiso de las maldiciones y los fuetazos que les daban los arrieros al ver que no obedecían. Estos burros revoltosos eran de los pocos animales que ya sabían lo que estaba sucediendo. También fueron muy pocos los perros y los gatos que salieron corriendo de las ciudades.

Pero ya los pájaros, bajo la supervisión del Comité de Información y Difusión, comenzaban a realizar su trabajo. Por todos los rincones del espacio aéreo se veían a estos mensajeros de la buena noticia. A veces, en la copa de algún árbol, se podía ver una veintena de ellos, que una vez recibido el mensaje, se disgregaba de inmediato para que cada quien siguiera con su tarea.

A sugerencia del Comité de Vigilancia, y tomando en cuenta que los pájaros corrían peligro —por parte de los hombres, así como de los animales aún no informados— de ser

capturados y muertos, se extendió esta misión a las moscas, a los perros y a los insectos.

A escasa una semana de haberse iniciado la asamblea, ya todos los animales de la tierra tenían conocimiento de la gran revolución que empezaba a gestarse. De todas partes del mundo llegaban emisarios que pedían indicaciones sobre la forma de actuar. Mientras tanto, la asamblea ya había tomado los siguientes acuerdos: la creación de la República de los Animales, la erección de un Gobierno Provisional —que sustituía al Comité Central de Gobierno y que estaba presidido por el doctor Tecolote y el águila real—, la formación de un ejército profesional —los animales que no estuvieran en él, deberían actuar como guerrilleros, por su cuenta—, luchar sin cuartel contra la humanidad entera, y una ley que obligaba a los animales a alimentarse de cualquier cosa, menos de sus compañeros.

El Comité de Estudios Ecológicos y Supervivencia empezó a repartir despensas alimenticias, a base de productos agrícolas, mientras que los comandos se dedicaban a cazar hombres, mujeres y niños para alimentar a los animales carnívoros y a los que habitan las profundidades del mar. Por su parte, el Comité de Vigilancia mantenía un estrecho cuidado sobre la observancia de la ley alimenticia. Una zorra que tuvo la ingrata ocurrencia de comerse a una liebre, fue apresada de inmediato y, sin juicio alguno, devorada por un pelotón de zopilotes.

La guerra estaba declarada. Era sin cuartel. Y los hombres ahora sí ya se habían dado cuenta. Sus alimentos a base de carnes y grasas animales empezaban a disminuir dramáticamente. Se echó mano de los productos agrícolas. En el mar, los peces ya no mordían el anzuelo y las ballenas se juntaban por miles para atacar a un mismo tiempo a todos los buques, grandes y pequeños.

Los hombres enclavados en las zonas selváticas de la tierra, eran expulsados hacia otras regiones. A pesar de que recurrían al incendio de pastizales, asustando a muy pocos animales, empezaron a ceder terreno. En las ciudades ya no había perros, ratones y gatos. Todas las vacas, las cabras y las burras eran conducidas por los comandos hacia regiones seguras, para alimentar exclusivamente a los animales. Los pájaros cuyo radio de acción les impedía volar grandes distancias y refugiarse en zonas amigas, se convertían en aguerridos pilotos suicidas que se estrellaban contra las caras de las gentes o contra los parabrisas de los automóviles, provocando considerables accidentes de tránsito en carreteras y ciudades. Picoteando los cables eléctricos, dejaron a algunas poblaciones sin luz.

Los elefantes se paraban a mitad de las carreteras, volcando los autos, mientras que los microorganismos de las cosechas para la guerra bacteriológica, se escapaban de los laboratorios para atacar a sus creadores y matarse después, evitando así dañar a los animales.

III

La tierra era un caos. En la luna ya no había lugar para más refugiados y en los demás planetas el hombre todavía no había podido establecer la vida humana.

Un sorpresivo ataque a la laguna, con bombarderos, pues por tierra era imposible, ya que todos los soldados eran picados constantemente por víboras e insectos, muriendo instantáneamente en grandes cantidades, estuvo a punto de acabar con el Gobierno Provisional. Debido a esto, la asamblea decidió no tener sede fija alguna y peregrinar mejor por el mundo.

Iba ya medio año de lucha entre animales y hombres, cuando hizo crisis, para ambos, la reserva de alimentos. El único recurso de que disponían para la subsistencia eran los productos de la agricultura. Los animales saqueaban los campos, llevándose hacia sus dominios lo más que podían. Los hombres —más torpes— quemaban los campos para ahuyentar a los animales, mientras que en los laboratorios se trabajaba a ritmo acelerado para producir alimentos sintéticos.

Algunos países proclamaban ya la necesidad de recurrir a la eutanasia, a la vez que los animales se proveían en las pocas selvas que les quedaban. Así las cosas, por ambas partes se empezó a estudiar la posibilidad de llegar a un acuerdo. Esto lo deseaban más los hombres que los animales.

Parece que en algún momento hubo una entrevista de sendas delegaciones de hombres y animales, sin llegarse a ningún acuerdo. Los animales pronto desistieron de tal idea, pues numéricamente eran más que los hombres y ya habían comprobado que era posible su subsistencia sin tener que comerse unos a otros. Por otro lado, los países ya empezaban a

tener disputas entre sí y por todas las ciudades comenzaba el saqueo, a la vez que grupos de jóvenes empezaban a matar a los ancianos.

La humanidad se había reducido a un tercio y los animales sólo a la mitad. Los viajes a la luna se habían suspendido y los hombres que la habitaban empezaban a morir. Estaba el hombre a punto de desaparecer de la naturaleza.

La lucha continuaba sin cuartel. Los niños recién nacidos morían en grandes cantidades y las embarazadas preferían abortar. Se había subvertido todo el orden de la vida. Los intelectuales empezaban a historiar la mala actuación que desde siempre había tenido el hombre contra los animales y la justeza del momento actual. Los sacerdotes de todas las religiones imploraban a todos sus dioses e iniciaban campañas de publicidad en las que destacaban el valor simbólico que los distintos animales tenían en ellas. Aún así, los animales no se convencían y proseguían en su labor destructora.

Los hombres empezaron a idear la creación de ciudades aéreas dentro de la atmósfera. La parte más segura en que se encontraban eran los aviones, siendo muy pequeño —a esas alturas— el riesgo que corrían cuando tenían que descender a reabastecerse de combustible y alimentos. Los grandes jumbos no se daban cabida para atender a los miles de gentes que hacían colas en los aeropuertos. Los grandes bombarderos suspendieron sus ataques a los campos y a las selvas, pues pronto se dieron cuenta los hombres que así también se estaban autodestruyendo sus propios y escasos recursos alimenticios. Se utilizó la táctica de sobrevolar las regiones enemigas en avionetas y disparar sólo con fusiles a los animales que se encontraban desguarnecidos, aunque esto no dio mucho resultado. Los aeropuertos se encontraban sumamente vigilados, las ciudades ya estaban casi desiertas y se puede afirmar que todos los poblados chicos y rancherías estaban dominados por los animales. Igualmente, las carreteras y las vías férreas estaban casi destruidas.

IV

El haber entregado a los irracionales los grandes espacios no construidos y haberse refugiado en los aeropuertos, llevó a los hombres a una ratonera, pues los animales los rodearon e iniciaron el ataque final, destruyéndolos.

Los insectos, las avispas, las hormigas, las víboras, las ratas, los topos y las moscas, iniciaron el ataque. Mientras los hombres se encontraban entretenidos en esa guerra rastrera, una división de panteras, leopardos y leones inició la segunda oleada de ataques, que fue seguida por la de los rinocerontes y elefantes. Las águilas, los halcones, los zopilotes y otras aves, atacaban por el cielo, al mismo tiempo que los topos y los castores rompían los conductos de agua y luz que llegaban a los aeropuertos. Los perros y los gatos se subían por las escaleras, mordiendo y arañando a las gentes que se encontraban apiñadas en las torres de control.

El sitio de los aeropuertos duró veinte días, hasta que sucumbieron todos los hombres. Los aviones, al acabárseles las provisiones de gasolina y alimentos y no poder aterrizar, se fueron estrellando poco a poco, hasta no quedar uno en el aire.

Los hombres que se habían quedado atrapados en las ciudades, que eran muy pocos, fueron de inmediato cercados y apresados. Los que estaban gordos y viejos fueron destinados para alimentar a los animales de tierra, a los peces y a los insectos carnívoros. Para tener una buena provisión de carne humana, se destinaron a las parejas de hombres y mujeres más jóvenes y fuertes a procrear. Las gentes de edad madura y que no eran obesas, fueron destinadas a arar los campos y a acondicionar las construcciones humanas para los animales.

V

Dentro del Comité de Estudios Ecológicos y Supervivencia, se presentaron dos fuertes corrientes antagónicas al terminar la guerra contra los hombres: una pedía que se conservara la especie humana, en número que no representara peligro para los animales, para tener carne que comer, a la vez que se contara con hombres que cultivaran la tierra y

atendieran a los animales; y la otra pugnaba por la desaparición de linaje humano, la suspensión del pacto de no agresión animal —pues alegaba que rompía el ciclo normal de la naturaleza y la desaparición de toda forma de gobierno entre los animales.

La escisión no trascendió de momento al resto de los animales. Los días continuaban más o menos normales, aunque se notaba un pequeño malestar. Muchos leones no sentían bien estar viviendo sin atacar a nadie; los gatos empezaban a mirar con recelo a los ratones y algunos perros movían la cola amigablemente a los hombres que vigilaban.

El doctor Tecolote, que se había acabado mucho por los azares de la guerra, empezaba a observar que su obra genial, que en menos de un año casi acabó con la humanidad, domesticando al diez por ciento que sobrevivió, empezaba a mostrar ciertas fallas.

Con los pocos intelectuales que quedaron vivos, Tecolote, siempre desconfiado, empezó a consultar hasta qué punto podría lograrse un equilibrio en el reino animal, hasta qué punto el animal no ataca si no se ve atacado y tiene lo necesario para alimentarse. Los intelectuales no llegaron a ningún acuerdo. Unos opinaban que los animales eran pacíficos y lo serían más si tenían siempre comida, y los otros decían que se estaba viviendo una situación anormal que acarrearía graves consecuencias.

Después de largas deliberaciones, el Comité de Estudios Ecológicos y Supervivencia aprobó redactar y enviar un memorándum a la asamblea, en el que se proponía: 1) Exterminar a todos los hombres; 2) Que cada especie animal se reintegra a sus respectivas zonas de vida, y 3) Estando ya cada especie ubicada, disolver la República de los Animales, retornar al ciclo normal de vida y evitar toda forma de comunicación en lo sucesivo.

La asamblea se instaló en la misma laguna en la que un año atrás había iniciado la revolución contra los hombres. Todos los animales estaban expectantes. De plano, había ya una gran corriente que favorecía los términos del memorándum. Casi ningún animal se oponía. Las gacelas y los burros se miraban unos a otros entre sí. Se iba a comenzar a votar cuando, de pronto, las ratas de campo saltaron corriendo hacia sus madrigueras, los pájaros volaron, el águila real dio un zarpazo al doctor Tecolote y se armó una remolina.

Los perros llegaron con las colas entre las patas hacia donde estaban los hombres, los burros y los caballos fueron recapturados y el rey de la naturaleza volvió a someter a los sub-habitantes de la tierra.

